

## EL TIGRE Y LA FLAUTA

Gunga se sentó en el muro de piedras que rodeaba el estanquecito que había en el jardín. Observaba los peces azules y dorados que se lanzaban hacia dentro y hacia fuera, debajo de las flores de lirios acuáticos. ¡Qué lindo era aquel jardín, con sus árboles altos y graciosos, con aquellos ondulantes helechos y flores de todos los colores! Pero Gunga parecía muy, muy triste. Estaba pensando cuánto tiempo pasaría todavía hasta que llegase a ser adulto.

Gunga se sintió muy infeliz durante todo aquel día. De mañana, muy temprano, antes del amanecer, casi todos los hombres de aquella hacienda habían salido para cazar al tigre. La villa vecina había sido perturbada recientemente con las visitas de esa terrible fiera. La población se asustó tanto que le pidió al hombre blanco, al patrón de Gunga, que fuera a matar a aquel enemigo. De modo que fueron a una gran cacería, dejando a Gunga en casa con las mujeres. Todavía era muy pequeño para ir a una cacería de tigre, y sólo podría estorbar.

Por lo tanto, aquel día para Gunga fue un día terrible. Quiso jugar con Arturo, el hijo de su patrón, pero la gobernanta no se lo permitió porque no quería ser incomodada. Y la patrona, Mem-sahib, de quien Gunga gustaba inmensamente, estaba con mucho dolor de cabeza, causado por el ardiente sol de la India. Por ese motivo, debía reinar mucho silencio para no perturbar a Mem-sahib. Ni la flauta que ella le había regalado a Gunga le trajo algún consuelo.

Aquella flauta era el objeto más precioso que Gunga poseía.

¡Cómo la amaba! Mem-sahib le había enseñado a tocar algunas melodías muy fáciles. A veces, ella lo acompañaba al piano.

Un día, mientras ellos estaban tocando, una cobra penetró por la ventana abierta, deslizándose a través del piso, y luego se detuvo con la cabeza bien erguida, moviéndose hacia delante y hacia atrás al sonido de la música. Quien primero la vio fue Gunga. Y al verla, con los ojos llenos de pavor, dijo en voz baja:

— ¡Una cobra, Mem-sahib, una cobra!

Volviendo la cabeza sobre los hombros, Mem-sahib miró la cobra, pero continuó tocando. Aunque estaba blanca de miedo, no dejó de tocar.

—A las cobras les agrada la música, Gunga —dijo ella bajito—. Ella no nos va a hacer mal.

Entonces, sin que Gunga tuviera tiempo de pensar qué hacer, hubo un ruido. Mungi, un animalito que tenían como mascota, atrapó a la cobra por el pescuezo y luego se puso a sacudirla hasta que la mató.

Gunga quedó pensando en la cobra y en la música, y le hizo preguntas a Mem-sahib. Entonces ella le contó algunas extrañas historias acerca de animales que quedan encantados con la música.

—A algunos animales les gusta la música —dijo ella — pero otros la odian y la temen. El feroz tigre de bengala queda asustado al oír el sonido del flautín.

— ¡El terrible comedor de gente! —exclamó Gunga.

Entonces Mem-sahib le explicó que las notas agudas hieren el delicado tímpano del tigre. A Gunga le fue difícil creer en todo eso, pero escuchaba cortésmente.

Mientras recordaba esas cosas, Gunga sumergía los pies morenos en las limpias y oscuras aguas del tanque de lirios acuáticos. En el oeste, el Sol se ponía detrás del cerro cubierto de densa vegetación. Ahora el jardín estaba quedando oscuro, pues en los trópicos la oscuridad cae rápidamente.

Gunga estaba pensando en su flauta. "Ahora está más fresco, y tal vez el dolor de cabeza de Mem-sahib ya pasó, y ella me acompañará al piano", se dijo a sí mismo. Hacia allá se fueron aquellos pies morenos, sonando sobre la calzada de piedras.

Gunga atravesó el jardín hasta la otra punta, donde estaban las dependencias de los empleados. Penetró en un cuartito lleno de cosas extrañas que les gusta a los muchachos. En un rincón había una caja de madera de sándalo. Gunga la retiró, y de adentro sacó la delgada flauta negra. La acarició por un momento, y entonces volvió corriendo hacia el jardín. Ahora ya estaba quedando bien oscuro. ¡Qué lindo parecía el jardín a media luz! El fuerte aroma de los árboles llenaba el aire, y se podía oír el melancólico zumbido de los insectos nocturnos. Al llegar a la terraza, Gunga pasó por ella tan suavemente como un gato y se dirigió silenciosamente a la puerta. Durante un momento espía hacia dentro con sus penetrantes ojos castaños, y entonces se deslizó por el corredor. No podía dejar que los sirvientes lo vieran, pues podrían enojarse con él y expulsarlo de allí.

Mem-sahib, sin embargo, no lo reprendería. El quería encontrarla.

La casa estaba extrañamente silenciosa. Sin ser notado por ninguno de los sirvientes, Gunga fue a buscar a Mem-sahib en el cuarto de Arturito, pues quería mucho ver al nene.

En el fondo del corredor vio que la puerta estaba abierta y, cautelosamente, se dirigió hacia ella.

Se paró en el umbral, horrorizado con lo que vio. En la terraza, próximo a las ventanas abiertas, se hallaba la forma de un enorme tigre agachado. Era el famoso comedor de gente. Ningún otro tigre hubiera tenido el coraje de penetrar tanto en la vivienda de un hombre. Moviendo el rabo, tenía los ojos verdes y chispeantes fijos en alguna cosa del otro lado de la habitación. Era la cuna blanca de Arturito. Siguiendo los ojos del tigre, los ojos de Gunga vieron al pequeño Arturo saludando con la mano al tigre y exclamando "¡Lindo perrito! ¡Lindo perrito!" Allí estaba la misma Mem-sahib, arrodillada y con los brazos alrededor de su hijito. Su rostro estaba pálido y tenso, con los ojos fijos en el tigre. A los pies de la cama estaba Bilji acostada, toda estremecida. En ese momento se despertó todo el coraje latente en el interior de Gunga. El tigre comenzaría a avanzar, y era su deber salvar la vida de Mem-sahib y de Arturo, y para eso estaba dispuesto a sacrificarse a sí mismo por ellos.

El valiente Gunga se puso rápidamente entre ellos y el tigre, blandiendo la flauta por encima de su cabeza. Dejando de mirar a la mujer y a su hijo, el tigre comenzó a mirar furiosamente al intruso.

— ¡Tu flauta, Gunga, tu flauta! —dijo bajito la señora — ¡De prisa Gunga, deprisa!

Gunga recordó lo que había sucedido con la cobra y la música, y las historias que Mem-sahib le había contado. En el mismo instante, con la flauta en la boca, hizo resonar en el cuarto las notas extrañas y penetrantes de una melodía hindú. El gran tigre se levanto rugiendo de furia y con el pelo del lomo todo

erizado. Gunga continuó tocando firme, sin desviar los ojos del animal. El tigre dio un paso hacia atrás. Gunga, cautelosamente, dio un paso al frente, en dirección al animal. El tigre dio otro paso para atrás. Gunga lo siguió. ¡Qué marcha solemne y extraña! El tigre se fue retirando por el camino a través del jardín, atravesó el portón y siguió el camino blanquecino y polvoriento que iba hasta las plantaciones de mangos. Gunga lo seguía resuelto, tocando la flauta y conservando los ojos fijos en aquellos crueles ojos verdes. Todas las veces que el tigre paraba, Gunga también paraba. Pronto llegaron a la plantación de mangos, y Gunga se puso a pensar en qué debía hacer ahora. Su boca se estaba poniendo caliente y seca. Pronto no sería capaz de tocar una sola nota, y sabía que entonces el tigre avanzaría sobre él. La oportunidad de escapar era muy pequeña, pero se sentía muy contento por haber salvado la vida de Mem-sahib y de Arturito. Finalmente, Gunga y el tigre habían llegado al monte de mangos. Parecía que Gunga no podía tocar ni siquiera una nota más cuando, de repente, sonaron tiros de escopeta. El tigre, rugiendo y aullando, dio un salto y cayó muerto a los pies de Gunga. Y Gunga también dio un pequeño salto y cayó. Gunga recuerda que, después de eso, percibió que su señor, la señora y los cazadores estaban allí de pie, a su alrededor, y que oyó la tierna voz de Mem-sahib diciendo:  
— ¡Qué valiente es Gunga! ¡Qué valiente! ¿Estará muerto?  
Gunga no estaba muerto ni herido. Abrió los ojos y les sonrió. Entonces ellos lo llevaron a la casa. Después de eso, Gunga llegó a ser el niño predilecto de toda la hacienda. El tigre que los cazadores no habían conseguido encontrar había sido dirigido fuera del área residencial por el pequeño Gunga. Ahora él se siente muy feliz porque lo llaman "El cazador valiente". Si pudieras dar una mirada en el cuarto de Gunga, podrías ver en el suelo una gran piel amarilla con listas oscuras. Y Gunga, entonces, con muchos floreos, te contaría su gran aventura con el terrible comedor de gente.